

DISCURSO PRONUNCIADO  
AL SER NOMBRADO DOCTOR *HONORIS CAUSA*  
POR EL BOSTON COLLEGE

*Boston, 22 de mayo del 2000*

*La Iglesia en Cuba ante el Tercer Milenio*

Estamos finalizando un milenio en cuyos últimos siglos la Humanidad ha llevado a cabo un retroceso hacia la era precristiana, cuando parecía estar convencida de avanzar hacia el progreso de la Historia. Desde mediados del siglo pasado hasta la década de 1960 en el siglo XX, una verdadera intoxicación de ciencia y tecnología fue el medio cultural utilizado por una serie de hombres que tenían como denominador común hablar de un modo que solo corresponde a Dios. A los seres humanos se le atribuían facultades que los hacían absolutos. Los hombres fueron divinizados en utopías, en ideologías, en diversos sistemas de pensamiento. No importaba qué fuera individualmente, como especie o socialmente. El gran drama de nuestro tiempo ha sido poner a los individuos y a la gente en el dilema de escoger entre Dios o los hombres. Este período de la historia ha venido a llamarse Modernidad. Y al período que vino después, y en el que parece ser que todavía seguimos viviendo, se le ha dado el nombre de era posmoderna. En la Modernidad, Dios no era necesario; en nuestros días, frente al cambio de siglo, hay un deseo de Dios. En Cuba hemos vivido y seguimos viviendo a través de este doloroso y saludable tránsito.

Aquellos de nosotros que hemos vivido bastantes años hemos podido presenciar esto con una mezcla de admiración y sorpresa; los de la nueva generación lo contemplan con temor, porque las etapas no se suceden una a otra en fechas concretas, sino que se superponen o emergen simultáneamente a las corrientes de pensamiento predominantes. Por tanto, ni la Edad Media fue tan creyente ni los tiempos modernos son tan ateos, porque los hombres y las mujeres son los mismos y, por tanto, siempre se hacen las mismas preguntas, y sufren, y necesitan amar y ser amados y mirar por su seguridad y pedir consuelo para sus miserias. Cuando el frenesí de la vida se va, entonces el hombre se da cuenta una vez más de que todos somos de barro, modelados por un Dios, y como dijo el profeta: «Puede un vaso volverse contra el alfarero y decir: ¿por qué me has hecho así?». Este es el momento de dejar que Dios salga a su encuentro.

El primer paso que se da es el de la búsqueda de Dios, y eso es bueno. En una búsqueda siempre existe la posibilidad de perderse en el camino, pero también de correr hacia la verdad que está frente a nuestros ojos. Unos cuantos filósofos de la Antigüedad eran muy contrarios al cristianismo, como Porfirio. Pero a través de él, desde la vacuna que este pensador supuso para su alma, San Agustín descubrió la única verdad salvadora en Jesucristo. Y nosotros podemos encontrar a Jesucristo en cualquier momento, y en cualquier lugar. Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios para el ser humano, una Palabra que se hizo carne y acampó entre nosotros, la respuesta a todas las preguntas que los antiguos, hombres modernos y posmodernos, pudieron realizar. Esta es la Palabra que la Iglesia tiene que pronunciar en Cuba constantemente. Acampar es montar una tienda en cualquier lugar. Y Dios se hace más fácil de encontrar en Cristo.

Los hombres y mujeres pueden encontrar a Dios porque, hace 2.000 años, Dios envió su Palabra, y la hizo carne y acampó entre nosotros. El pecado oscurece la visión de la fe en Dios. La terrible naturaleza del pecado está dramáticamente presentada en la historia bíblica de la creación. Antes de que el ser humano pecase, Dios paseaba por el jardín del Edén y, al atardecer, los seres humanos iban hacia él de modo natural. Después del pecado, fueron expulsados del Paraíso, del jardín donde se encontraban con Dios, y nunca jamás pudieron volver a compartir regularmente con Él lo que compartían. Y un anhelo de Dios quedó para siempre en el corazón del hombre.

Algunos pensadores de la época moderna se entusiasmaron por este anhelo que, curiosamente, nos afecta a todos, e intentaron alcanzar a Dios por sus propios medios, a través de sus propios

razonamientos. Esto no es más que el prototipo de hombre pretencioso, que pretende llegar a Dios a través de sus propios medios. Lo que ellos, o muchos de ellos considerados modernos, nunca pudieron concebir fue el camino descendente de Dios: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros... Él era el Mundo, y el Mundo no le conoció. Él llegó a los suyos, y los suyos no le recibieron».

En este período que se abre hoy ante nosotros –que se abre con la memoria de un pasado tan rico como miserable, y al mismo tiempo lleno de esperanzas e incertidumbres–, tenemos que considerar el tiempo que ha pasado desde la venida de Cristo hasta este momento concreto de la historia. Tenemos que pensar en ello como hijos de la Madre Iglesia que guardan en su bimilenaria memoria las incidencias del exultante y magnificante camino de la condición humana, exactamente igual que la Virgen María guardó en su corazón todo lo que Dios hizo a través de Cristo. Tenemos que descubrir, por encima de todas las cosas, lo que Dios ha querido decirnos en estos dos mil años de amor y violencia que nos separan de la hora bendita en la que los ángeles cantaron «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!».

La memoria viva que la Iglesia ofrece al género humano en el nuevo milenio es la de su Señor, nacido en la pobreza de un pesebre, adorado por los pastores, y cantado por los ángeles. Un Señor que comparte todas nuestras cosas, excepto el pecado, y que murió por nosotros en la Cruz. Resucitado y glorioso, está vivo y presente entre nosotros, y siempre será así, hasta el fin del mundo. Fue concebido, y su nombre significa «aquel que salva». Viene a salvar este designio perpetuo de alegría que el amor de Dios ha concebido para el ser humano y que le salva del sinsentido y del vacío. Porque por Él podemos volvernos hacia Dios y, bajo la acción del Espíritu Santo que Él mismo nos ha dado, podemos llamarlo «Padre». Y ya no somos más esclavos, sino hijos. Esta es la memoria viva y luminosa que guarda la Iglesia y que debe anunciar a los hombres a las puertas del nuevo milenio.

La fe cristiana lleva consigo este mensaje de salvación para cada individuo concreto, es decir, para cada persona nacida en una familia, y que está envuelta en su mundo de trabajo, estudio, deporte, ocio o cultura; un ciudadano de un país concreto, con sus responsabilidades históricas, y que además tiene –esto es fundamental– un destino eterno. La Iglesia no puede ser, por tanto, una alternativa social para la comunidad humana.

En las sociedades con un estatismo fuerte, o donde el individualismo o el exacerbado nacionalismo han cobrado importancia, la tentación se puede erigir para muchos en considerar a la Iglesia precisamente como una alternativa social. Pero la Iglesia, históricamente, nació de la oración de Cristo por el Reino de Dios y por su Resurrección, y Dios la hace presente para aquellos que reciben su Palabra y los que, mediante el Espíritu Santo, viven y anuncian esta Palabra. En todos sus planes e iniciativas, la Iglesia nos remite a Jesucristo, como Jesucristo nos remite al Padre. La Iglesia no puede ser equiparada a ningún estado o asociación intermediaria. Todo lo que la Iglesia puede ofrecer a la historia y a la sociedad en concreto, allá donde va, viene de la Revelación de Dios. La Iglesia recibió una misión, un encargo de Dios a través de Jesucristo, que es su origen histórico como fundación y fundamento sobre el que erigirse: «Él es la piedra rechazada por vosotros, los constructores, que ha venido a ser piedra angular» (Hch 4, 11).

La posibilidad de la Iglesia de ofrecer frutos genuinos, algo nuevo para la sociedad, está en su tenacidad para hacer a Jesucristo inolvidable, en hacer a los hombres y las mujeres de cada época y cada lugar sentirse cercanos a Él. Esto puede causar sorpresa y fascinación en todos aquellos que lo descubren. De este modo, podrán estar ante el sufriente y sereno rostro de Cristo crucificado y ver cómo se inunda de luz en la mañana de la Resurrección.

Así es como la Iglesia se entiende a sí misma, desde la memoria de Jesús y su mensaje, desde su irradiación. Se entiende a sí misma siempre movida por el Espíritu Santo que Jesús envía para cumplir su promesa. Y toma también en su seno a los Sacramentos, permitiendo así actuar y hacerse presente a la gracia de Cristo.

La Iglesia, por tanto, se entiende a sí misma como enviada por Dios y en total conformidad con el plan de Dios.

Pero ocurre que, al mismo tiempo, es requerida, como lo fue su Maestro, por las angustias y esperanzas de los hombres. La Iglesia vivirá siempre en una tensión entre estas dos demandas: una absoluta lealtad hacia lo que es y hacia lo que debe seguir siendo, de acuerdo con la voluntad de Dios, y la lealtad hacia el clamor de la condición humana que le pide certezas, consuelo, esperanzas e, incluso, satisfacción de las necesidades vitales. La Iglesia siempre vive entre la grandeza y la debilidad de estas dos realidades.

Esta tensión entre la leal responsabilidad hacia Dios y la no menos leal responsabilidad hacia los seres humanos ha podido ver, en los últimos siglos de la historia, una comunidad cristiana tentada por dos nociones que tienden a convertirse en absolutas. Una, dedicarse solamente a Dios, solo a la Palabra de Dios, solo al culto. Históricamente, la Iglesia se ha visto forzada a tomar esta opción durante varios períodos de su existencia. Este fue el caso de Cuba en un pasado no muy lejano. Es una especie de tentación teológica. Y luego hay otra tentación opuesta: una tentación antropológica: la de dedicarnos solamente a los hombres y mujeres, a atender sus problemas, situarlos en un lugar autónomo, con la libertad como valor absoluto. Curiosamente, esta última opción frecuentemente se lleva a cabo con una enfática acción formativa, cultural y profética, dejando de lado la acción sanadora sobre la gente que sufre y soporta situaciones de verdadera pobreza. Esta acción misericordiosa siempre encuentra un lugar y un tiempo para reconstruir personas y sociedades, pero desafortunadamente está abocada a declinar y desaparecer.

La Iglesia, de todos modos, se mantendrá siempre a cierta distancia de lo que hombres y mujeres, movidos por el deseo de efectividad, un deseo de dominación o urgencia, le piden. Esto no se debe a una carencia de dedicación, a una incapacidad para adaptarse a los tiempos o a una ignorancia de las angustias de la condición humana. Se debe simplemente a que el paso del mundo no es el de la Iglesia. Todos los verdaderos caminos del Evangelio incluyen una amplitud de miras y una proyección. El paradigma es la parábola de Jesús del sembrador que debe sembrar la semilla con paciencia. El modelo para nosotros, los cubanos, es el Siervo de Dios Félix Varela, ilustre sacerdote y santo, que vivió parte de su ministerio en los Estados Unidos, con su paciente siembra de valores evangélicos.

Es evidente que hay otra distancia siempre infranqueable entre el tiempo que vive la Iglesia y los hombres y mujeres que viven en ese tiempo: el modo de acercarse a Dios, el único acercamiento necesario, nuestro futuro absoluto.

El gran desafío para la Iglesia no está solo en ser aceptada por las estructuras políticas y sociales siendo tal y como es. Es también ser aceptada como sacramento de Cristo en el mundo. Renunciando, como lo hizo el Señor, a la efectividad que la totalidad del criterio mundial y sus proyectos esperan para ella.

Cuando la comunidad cristiana, la Iglesia, ha sido rechazada por la sociedad, ella ha intentado legitimarse a sí misma colaborando en aspectos valorados por la sociedad. Es cierto que con su vida, con sus buenas obras, la Iglesia tiene que mostrar una afirmación de la fe que la anima. Pero no tiene que buscar la aprobación de los ciudadanos, una aprobación que le garantice un crédito para el presente, o el futuro, o, en los lugares donde hay alternancia de poder, una aprobación por parte de unos o de otros. Es un error olvidar la contribución específica de la Iglesia, e intentar ganar crédito mediante la efectividad de sus acciones en áreas en las que parece que intenta suplantar a la sociedad en sus propios dominios. La Iglesia puede ser llamada de diferentes maneras a ser una alternativa temporal para resolver los problemas de este mundo. Estar de acuerdo con esto significaría anular ella misma la misión que Cristo le ha confiado.

Ahora, por el amor de Dios, la Iglesia sabe que tiene el deber de sembrar el amor, del que Cristo le ha hecho depositaria, en medio de la sociedad. Tiene que pronunciar palabras y levantar signos a favor del establecimiento de una comunidad humana donde reine la armonía, donde los insultos son derrotados por la reconciliación de unos con otros, donde la colaboración entre cristianos de distinto signo, creyentes de otras religiones y no creyentes, se vea apoyada por el bien común. E incluso actuando de esta manera, sus proposiciones crearán al mismo tiempo un contraste entre la nobleza de la palabra de Dios y la acción santificadora del Espíritu Santo en una mano, y los pecados de los hombres en la otra.

Concretamente, para este nuevo siglo y este nuevo milenio, ¿qué puede ofrecer la Iglesia al mundo, qué puede ofrecer la Iglesia a Cuba?

Cada religión sería quiere ofrecer a los hombres y mujeres un mensaje que dé significado a sus vidas, haciendo que vean la historia de los hombres no como algo perdido o erróneo, sino salvado. También, junto a esta historia, quiere estimular un comportamiento moral responsable, y una coexistencia humana digna y armónica y un sentido de comunidad.

Basando enteramente este programa en Cristo, el Hijo Encarnado de Dios y Salvador del Mundo está en la naturaleza de la cristiandad. Todo ha sido creado a su imagen y la naturaleza es consumada en Cristo.

Lo que la Iglesia de Cuba puede ofrecer, en este siglo que está a punto de comenzar, tiene que llevarse a cabo en tres áreas distintas: la estructura y fortalecimiento de la vida de los individuos, el orden moral y la coexistencia social. La cristiandad puede llevar a cabo una importante contribución a la sociedad civil en cualquier lugar del mundo, y también en Cuba.

1) El fortalecimiento de los individuos. Cuando los seres humanos sean conscientes de su dignidad como hombres y mujeres, y encuentren la felicidad en la vida sabiendo que hay un Dios que les quiere, y ellos crean en un Dios hecho carne y, por tanto, en su divina dignidad, los hombres y mujeres, reconciliados con la historia y consigo mismos, resurgirán. Estos hombres y mujeres no pueden más que enriquecer las sociedades en las que viven y, al mismo tiempo, fortalecer sus propias vidas.

2) También es necesario fortalecer el orden moral. La amoralidad y la desmoralización son peores que la inmoralidad. Esta carencia de un referente moral concierne a cada hombre y a cada mujer en una brújula sin norte. Por esto, los valores, los deberes, los ideales básicos ya no son reconocidos y la vida se reduce al nivel sensorial, donde solo importan los placeres. La sociedad corre el peligro de caer en la depresión y la revulsión.

La Iglesia, en cualquier modo, no se presenta ante la sociedad solo como una instancia moral, sino que más bien da a los seres humanos una base privilegiada de moralidad, que es la persona de Jesús y su mensaje. Encontrando a Jesucristo, se transforma la vida. Los valores propuestos por la palabra de Dios están basados en un alto comportamiento ético.

3) Es también necesario fortalecer la coexistencia comunitaria teniendo en cuenta a cada uno. Los hombres y las mujeres que forman parte de un mismo pueblo necesitan vivir juntos pacíficamente, con amor y con un sentimiento de benevolencia y solidaridad entre ellos. A esta solidaridad, nosotros los cristianos la llamamos fraternidad, porque todos somos hermanos y hermanas, hijos de un mismo Padre. Para alcanzar el objetivo de la coexistencia pacífica, basada en el amor hacia nuestro prójimo, habrá que asumir ciertos criterios que acepten y promuevan la reconciliación entre aquellos que, llevados por el resentimiento, se encuentran ahora enfrentados.

Por último, la Iglesia ofrece, como una riqueza que le pertenece y que desea compartir con todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, una gran familia con una larga historia de siglos. Esta historia va más allá de los tiempos y de las guerras, persecuciones y situaciones críticas, y permite

una verdadera hermandad espiritual, que se consigue a través de la oración y del acuerdo en muchos aspectos de la cultura. En este Año Santo, muchos católicos, sean cubanos o no, necesitan imponerse la tarea de reconsiderar su conversión a Cristo para vivir verdaderamente la presencia renovadora de Jesús entre nosotros.

Las propuestas que la Iglesia ha hecho a Cuba no son para mañana, ni para el año 2000. Son proyectos a largo plazo hacia los cuales han de ser llevadas las jóvenes generaciones. Es un proyecto más difícil de llevar a cabo que aquellos propuestos a corto plazo por los estados, los políticos, los grupos o las empresas, o incluso por los de la propia Iglesia, como, por ejemplo, qué se va a hacer durante el Jubileo del Año Santo. La acción de la Iglesia en la historia no se puede medir por su efectividad u otros parámetros similares incapaces de calibrar la misión que Cristo le ha confiado y los frutos que ha conseguido.

Para dar un sentido a la vida y a la historia, para hacer a los hombres conscientes de que los males y sufrimientos de este mundo no tendrán la última palabra –porque «tanto amó Dios al mundo que envió a un Hijo para salvarlo... así, todos lo que crean en ÉL serán salvos»– y que, sembrando el amor y la reconciliación entre las estructuras de la sociedad por una coexistencia pacífica de todos en una solidaridad que será fraternidad, están estas propuestas que tendrán que tener necesariamente un impacto positivo y verdadero en la sociedad. Pero este impacto tiene que ir poco a poco, sin la efectividad cuantitativa de los eslóganes y objetivos marcados. Porque las motivaciones espirituales en las que están basadas estas propuestas, simultáneamente elevan a una implementación metodológica diferente, desde que estas tienen en cuenta los contenidos del mensaje junto a la libertad humana. Para la Iglesia, el respeto por las mujeres y los hombres y el respeto por el honor de Dios van inextricablemente unidos.

En el misterio de Dios hecho carne en Cristo, la religión cristiana contiene esta conciliación entre lo que es humano y lo que es divino, que integra y vence cualquier otro tipo de tensión. Un autor moderno ha dicho que la encarnación de Dios en Cristo implica «un fortalecimiento infinito de la autoconfianza del ser humano», la religión cristiana otorga al mundo esta contribución fundamental porque –y ahora cito a Karl Barth– *«una vez asumes que Dios se hizo hombre, una persona ya no puede hablar o actuar más de modo inhumano»*.

Para dar vida a este mensaje, la Iglesia no solo requiere espacio y libertad, sino respeto y aprecio sincero por la naturaleza de su misión. Es cierto que muchas veces un proyecto humanista de altura trae consigo un criticismo hacia situaciones que, paradójicamente, parecen deshumanizadoras. Esta es otra contribución de la Iglesia al mundo, que puede ser aceptada como camino hacia el perfeccionamiento de los hombres y las mujeres, y de la sociedad como un todo. Hay que tener en cuenta también el hecho de que la gran innovación del conocimiento cristiano en la era moderna es el reconocimiento de que los métodos son sagrados igual que los contenidos, y que la verdad, incluso la verdad de Dios, no será impuesta sobre los seres humanos.

El criticismo solo es creíble y genuino si existe una atención a la metodología cristiana, si está basado en una consideración estricta e históricamente practicable. Por eso, este criticismo no tiene nada que hacer si se aleja de alguien que juzgue desde arriba. La Iglesia no urge ni esgrime insolentemente argumentos contra el mundo, la sociedad o las estructuras políticas. Sugiere valores y bases según su fe, pero no como alguien que habla desde fuera del peligro, o sin responsabilidad, sino como alguien que sigue la ley de la encarnación, cerca de la sociedad y como activo participante en ella.

De cualquier modo, y siempre atento a todos los deseos de la palabra de Dios y a los contenidos del mensaje y la metodología para su transmisión, el mensaje de Jesucristo es desestabilizador. Y lo es también para nosotros, obispos, sacerdotes, consagrados y laicos. Nos arranca de nuestra seguridad y nuestro bienestar y nos lleva una vez más frente a la exaltadora y comprometida Verdad de un Dios que se redujo a sí mismo a la nada al hacerse hombre por nosotros, aceptando el sacrificio de la Cruz. Los anuncios de Cristo de su padecimiento por nosotros nos invitan a reflexionar

y mejorar, y no nos deben causar rechazo alguno, sino consideración. Sin el sufrimiento de su entrega no hay nueva vida, sin la Cruz de Cristo, no hay Resurrección.

Conmemoramos dos mil años del nacimiento de Cristo, un evento único en su realidad histórica y en su proyección, y debemos conmemorarlo tomando muy en serio sus implicaciones; así, el Jubileo significará verdaderamente el comienzo de una nueva época para el ser humano, y también para Cuba. Nos queda dar una respuesta a la iniciativa de Dios que *«por todos los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre»*.

En este Año Santo Jubilar del tercer milenio de la Era Cristiana, la Iglesia de Cuba, en su propio nombre y en el de la misión de Cristo que le ha sido encomendada, debe repetir a su pueblo, ansioso de bienes espirituales, lo que Pedro dijo al cojo que estaba en la puerta del templo que llaman «la Hermosa»: *«No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy: en el nombre de Dios, levántate y anda»* (Hch 3, 6).